
Gerardo Valencia

poeta esencial

DAVID MEJIA VELILLA*

Me aparece en el recuerdo una mañana de hace muchos años, cuando ví por vez primera la imagen viva de Gerardo Valencia, el poeta, con mucho, más esencial de su generación.

Y era, como las esencias, cosa inasible su imagen viva, que por propio destino pasaba inadvertida a los ojos de los transeúntes, en tanto inadvertidamente también penetraba en mi alma.

Recibía yo en esos momentos, entonces, lección profunda que me daban la vida y la poesía, a la postre idéntica realidad, idéntica irrealdad.

Sucedía aquello camino de las antiguas oficinas del Instituto Caro y Cuervo, bajo el ala derecha de la Biblioteca Nacional.

Apenas, sí, imperceptiblemente casi, nos cruzamos, nos dijimos cualquier palabra; y él, sin que yo siquiera sospechara la existencia de una tal maravilla, me hizo el don de su *Libro de las Ciudades*, que leí después con la emoción de encontrar que entre el ruido de Bogotá habitaba el silencio mismo, y laboraba su sabiduría: que pasaba sus días allí un poeta del mundo, un poeta verdadero, como los que mis ojos asombrados topaban años antes por alguna calleja romana: Ungaretti, Quasimodo: un poeta del mundo, excepcional poeta de su patria.

Por aquellos tiempos de nuestro encuentro, la poesía colombiana viviente más se apreciaba en los nombres de los poetas que en sus

* Abogado, miembro de la Academia Colombiana de Historia, escritor, decano de humanidades y derecho de la Universidad de la Sabana.

versos: de Greiff era el genial, Maya el marmóreo, Zalamea el solitario, Carranza el festivo, Rojas el luminoso, Aurelio Arturo el sobrio, Antonio Llanos el místico, Gerardo Valencia el esencial.

Desde luego, por sus mismas especificaciones de Greiff podría resultar distante, Maya frío, Zalamea desdeñoso, Carranza delirante, Rojas prodigioso y fecundo. Aurelio Arturo parecía haber callado desde antiguo. Antonio Llanos oraba y desagraviaba en su celda de hospital. Gerardo Valencia creaba incesantemente su hermosa poesía, contemplando las formas, contrapunteando los silencios.

Todos ellos, por cierto: ¡esos grandes poetas colombianos!, alcanzaron la edad madura. Aunque no todos cosecharon siempre el poema. Con los unos, fue generosa la muerte. Con Rojas y Valencia ha sido generosa la vida.

No todos cosecharon siempre el poema, digo. De los que sí, Gerardo Valencia. Y aquí están sus versos recientes. Tardíos los llama él: pero tardíos de tarde, jamás de tardanza.

Es muy poco que un poeta valga para su tiempo. Es muy mucho que valga para la posteridad. Es muy poco que un poema valga para un público: es muy mucho que valga en sí mismo.

Un poeta suele valer para su tiempo, a menudo, por un gesto, por unos versos, por una magia circunstancial. En tanto, la fría posteridad mira la totalidad, la examina, la penetra. Y advierte que un poema vale en sí mismo por el territorio espiritual de que procede, por el universo que suscita. Y una obra completa, por el poema que día a día la fue engendrando, y al cabo de los pocos o de los muchos años la fue dando a luz. Y entonces la posteridad la recrea.

Pero el poeta vive al margen de esos fenómenos, y se pasa la vida entregando su poema, con la sencillez del árbol que fructifica.

Vengamos a *Los Poemas Tardíos*, de Gerardo Valencia.

Aquí todo es oro del mismo tesoro.

Aquí el autor de *El Sueño de las Formas* ha continuado afirmando sobre ellas su dominio.

Aquí el autor de *El Libro de las Ciudades* se ha vuelto a detener ante las ruinas.

Pero aquí Gerardo Valencia nos ha traído, además, la novedad de un más descarnado despojo que busca las esencias.

Aquí el tratamiento de las palabras y de las cosas tanto no importa como las esencias que de subyacer pasan a aflorar y aromar, y a ocuparnos más que admirarnos.

Llegan aquí biografías del alma y del cuerpo. Biografías del verbo y del sustantivo: *amor de amar*, recreación del nombre, invención de la tristeza, epitafio de la forma, desagravios, saqueo del vacío y del silencio, resurrección de infancia y de paisaje, depredación del sueño.

Como en sus espacios anteriores, el poeta deja aquí, concienzudo, palabra y silencio, neblina y clarear, nombre y olvido. Pero más que en sus anteriores libros, aquí Gerardo Valencia ha franqueado interiores, fijado los detalles. Aunque a alguien pareciera que, no obstante, descuidó algunos acabados, bien se ve que si lo hizo fue para lograr expresiones más exactas, en sabia paradoja.

Con las líneas y colores de espíritus que de tiempo atrás habitan sus poemas, nos ha dado las líneas y colores de los cuerpos que antes, pensadamente, menos se insinuaban.

En la sucesión de 29 cantos, este libro nos pone en posesión de riquezas singulares: los frutos de su atardecer guardan el oro de este poeta esencial, como en sagrado ocultamiento.